

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Mahón 13 de Mayo de 1931

Núm. 420

DE COCINA COMO REMEDIO

Abuelito!... ¿Para qué son de sal que ha traído a la maestra de la casa de campo de esas bolas son para las vacas comen sal?

—¿Y qué hacen esas vacas comen sal?

—Comerla, no. Lo que hacen es mientras comen para estimular sobre todo porque la sal, el sodio, es uno de los elementos del organismo animal, y está en él en abundancia. La falta de ella es que nuestra lengua no tiene un gusto salado bastante fuerte, y lo mismo les pasa a las vacas que vierten nuestros ojos.

—¿Qué se dice entonces que las vacas comen sal?

—Es cosa de los poetas, porque a las vacas les gusta el sabor salado. Los animales carnívoros miran la comida con repugnancia, y hasta los que viven de la caza y se alimentan de pastoreo, alimentándose sólo de carne, tampoco usan la sal, y eso te he dicho antes, es un elemento necesario al organismo humano, no debe de ser peligroso el abusarse de ella.

—¿Cómo se demostró cuando hace años toda la prensa mundial profería la sal la gran regeneradora del organismo humano, y la gran rejuvenecedora?

—En los Estados Unidos, y de hecho ya algunos años. Verás: una vez se vio tal abuso de ella, pronto se notaron sus perniciosos efectos en los organismos gastando a recuperar sus pérdidas gracias a la sal, y se abandonó el sistema por ser peligroso, y la verdad lo era.

—¿Por qué médicos arremetieron contra ella durante unos años no se volvió a usar sus virtudes curativas?

—Porque se vio que sirve para curar, y se vio años más tarde, pasadas las enfermedades es una verdadera curación.

—¿Cómo se vio eso, Abuelito?

—Como se vio eso, Abuelito? Como se vio eso, Abuelito? Como se vio eso, Abuelito?

—Como se vio eso, Abuelito? Como se vio eso, Abuelito? Como se vio eso, Abuelito?

—Como se vio eso, Abuelito? Como se vio eso, Abuelito? Como se vio eso, Abuelito?

—Como se vio eso, Abuelito? Como se vio eso, Abuelito? Como se vio eso, Abuelito?

—Como se vio eso, Abuelito? Como se vio eso, Abuelito? Como se vio eso, Abuelito?

—Como se vio eso, Abuelito? Como se vio eso, Abuelito? Como se vio eso, Abuelito?

—Como se vio eso, Abuelito? Como se vio eso, Abuelito? Como se vio eso, Abuelito?

puede que viva aún la dichosa señora. —¿Y fue la sal común la medicina que la salvó?

—Sí, hijo mío; y según la Prensa médica de aquellos días, se preconizó que la sal, en casos determinados y muy frecuentes, es un remedio heroico de resultados inmediatos.

—¿Pero es verdad eso, Abuelito?

—Según aseguraron verdaderas eminencias médicas, el corazón de la pobre señora había casi dejado de funcionar, tenía la sangre congelada y demasiado espesa para que fluyera por las venas.

—«En aquel estado fué cuando se le dieron las dos inyecciones de agua de a cuartillo cada una, preparada de la siguiente manera:

«En cada cuartillo de agua esterilizada se disolvió una cucharada de sal común de las de café, bien llena, con copete, y bastó la segunda inyección para que la moribunda volviera a la vida, pues circuló la sangre con facilidad, porque el agua, durante la operación, se mantuvo a la misma temperatura que tiene la sangre, y se mezcló con ella fácilmente, licuándola.

—¿Tanta influencia ejerce la sal en la sangre, Abuelito?

—Como que es un disolvente de ella, y lo demuestra que cuando los criminalistas tienen que cerciorarse de si una mancha es o no de sangre, la remojan con un poco de agua salada, cuyo efecto es liquidar la mancha, y si es de sangre, poner en libertad los corpúsculos rojos para que puedan ser examinados y reconocidos en el microscopio.

—¿Y esas inyecciones, abuelo, se dan como todas, con jeringuilla, como las que el médico daba a mi hermanita?

—No, Dominguito, porque como la cantidad de líquido es mayor para los casos de verdadero peligro, se usa un aparato de cristal parecido a los de cinc que se utilizan para irrigaciones, y un tubo de goma, a cuyo extremo lleva lo que pudiéramos llamar aguja, y que se introduce para pinchar en una vena del brazo izquierdo, y como el receptáculo del líquido debe colocarse—como el irrigador—a una altura de dos metros, el agua salada adquiere el mismo impulso de la sangre, al circular por las venas.

«Dicen que en casos desesperados de arterioesclerosis da magníficos resultados, pero eso son los médicos los que deben recomendarlo.

«Lo que quería demostrarte es que la sal es un gran remedio para muchos casos. Pruébalo sime.

—¿Cómo, Abuelito?

—Cuando te hagas alguna cortadura, si bañas la herida con agua clara, sentirás un escozor muy vivo, pero si usas para ello agua salada caliente, no advertirás la menor molestia.

«Otra prueba de ello es que cuando se corta uno estando en el mar, no se nota la herida hasta que se ve la sangre.

«Pero esto se alarga demasiado, y otro día seguiremos.

EL ABUELO

Temas pedagógicos

LA FATIGA

El coeficiente del ejercicio es la fatiga. Hacer trabajar a un niño fatigado es algo más que perder el trabajo: es estropearle física y espiritualmente conduciéndolo al agotamiento. Cuando el maestro advierte que el niño está cansado debe interrumpir sus trabajos. Es preciso llegar a la fatiga pero no pasar de ella. Desde que la Pedagogía salió de su empirismo para enriquecerse con el auxilio de las ciencias todas, el maestro dispone de más base para saber a qué atenerse respecto a la fisiología del niño.

La «fatiga», es producida por la acumulación de toxinas—materiales de deshecho—en el organismo, la cual produce la intoxicación. Esta intoxicación actúa sobre los centros nerviosos y origina el sueño, forma completa del descanso; o toma mayores proporciones y es causa de un estado patológico denominado «agotamiento». Durante el sueño es cuando mejor se eliminan las sustancias tóxicas que producen la fatiga.

Influyen sobre la fatigabilidad la edad, el sexo, la inteligencia, las estaciones del año, etc. Principalmente, el régimen alimenticio y el método de trabajo. Es una cosa probada que el individuo de vida sedentaria se fatiga antes que el que lleva una existencia laboriosa. El organismo del que se mueve—física o intelectualmente—reacciona contra las toxinas de la fatiga, venciendo en la mayoría de los casos, mientras que el que lleva una existencia holgazana dispone de pocos medios para defenderse de la intoxicación que determina su cansancio.

Cuando se concede importancia solamente al trabajo físico, descuidando, por tanto, el trabajo intelectual, ocurre que al llegar el momento en que es preciso un esfuerzo del cerebro por pequeño que sea, sobrevienen dolores de cabeza, mareos, y, para desdicha, la imposibilidad de realizar nada verdaderamente interesante.

Asimismo, el individuo que sólo trabaja intelectualmente es descolorado, incapaz del más breve esfuerzo; a menudo; está enfermo de los nervios, único sistema que permanece activo. Estos seres son los que llevan la terrible vida del bicarbonato, de la manzanilla y del mal humor. Únicamente alternando la vida física con la vida cerebral es posible obtener vidas completas, sanas, alegres y dispuestas a llenar su papel positivamente.

El maestro moderno está convencido de la necesidad de establecer el gimnasio junto a la escuela. Alternando el estudio con la gimnasia el escolar trabaja mejor. Los únicos centros educacionales en donde se habla de gimnasia son los Institutos. Sin embargo, en casi ninguno hemos visto que se practique, y en la generalidad de los casos, los alumnos libres presentan una papeleta falsa en la cual se asegura que si conocen la asignatura de gimnasia. Como se carece en España de gimnasios, no resulta inhumana esta mentira; pero si es perjudicial en extremo el que no se pueda dar cultivo al cuerpo a la vez que al espíritu.

La fatiga puede medirse por distintos procedimientos. Los más generalizados son los del «ergógrafo» y el «estesiómetro». Con el estesiómetro medimos la sensibilidad táctil, que con la fatiga disminuye, hasta desaparecer. Consiste el ergógrafo en una plancha con almohadilla en la que se apoya el antebrazo. Este, con los dedos anular e índice, permanece inmóvil. El dedo medio, por flexión mueve un peso atado a un hilo que gira en una polea pequeña; este movimiento se comunica a un aparato inscriptor que proporciona la gráfica de la experiencia.

El estesiómetro es un compás cuyas puntas se separan gradualmente colocándolas sobre la piel del sujeto fatigado, sin que él mire la operación. Este ha de distinguir las dos puntas del compás distintamente, y será menor la fatiga (y mayor la sensibilidad) cuando, estando muy juntas las dos puntas del compás, el cansado note su doble presión en la piel.

La fatiga es mayor por la tarde, en el verano, en las escuelas demasiado llenas de niños. Ha de tener en cuenta el maestro que no solamente proviene la fatiga de los desechos musculares, sino que acaso el factor más importante sea el régimen alimenticio del niño. Si éste come poco y mal, no puede dar un buen rendimiento escolar. Lo mismo le sucede a los adultos. Y a los niños que se encuentran en el período del desarrollo. Como dicen los maestros Gil y Pertusa en sus magníficas indagaciones pedagógicas, «precisamente en esta época del desarrollo es cuando más han de estudiar los niños españoles por la pésima organización de nuestros planes de estudio». Es muy frecuente el caso del muchacho tuberculoso o loco a causa de la «surchage» que originan nuestras carreras.

En las escuelas se trabaja muy mal, en verano. Esto es lo que causa las vacaciones, que, según la opinión del gran don Francisco Giner de los Ríos son contraproducentes. En verdad que los deber ser tan extensas y si más frecuentes y mejor acomodadas a los modernos conceptos de la Pedagogía.

CARMEN CONDE.

Cartagena, Octubre 1930.

La soberbia humillada

Del sol al ardiente beso

en rico vergel; rotaban

flores mil, que lo esmaltaban

con su mágico color;

y eran tan bellos y puros

sus nardos y lirios rojos,

que ofrecían a los ojos,

un encanto seductor.

Roble inmenso, allí se alzaba,

y su gran sombra caía

sobre una flor que crecía

en el florido vergel;

era humilde trepadora

que con su tallo flexible,

luchaba lo indecible

para llegar hasta él.

—Vana cosa es la que intentas;

—un día el roble le dijo—

¿No ves que yo, fuerte y fijo,

no temo sol ni huracán;

y tú, débil y rastrera,

tropezas con cualquier cosa

con el clavel, con la rosa,

que su auxilio no te dan?

Más la planta fué arrastrándose,

y con su trabajo activo,

llegó al pie del roble altivo

y a su tronco se prendió;

y al llegar con su penacho

sobre la copa del roble,

dijo así, modesta y noble,

a quien de ella se mojó:

—Roble amigo: ¿No habías dicho

que era inútil, que era vano

el esfuerzo soberano

que hacía para trepar?

La más alta soy ahora,

—prosiguió en tono risueño—

sabe, pues, que el más pequeño

arriba puede llegar.

Y el gran roble confundido

comprendió cuán útil era

aquel consejo que oyera

en oportuna ocasión.

Aprended, también, oh!, niños,

de no hacerlo, muchas veces,

podrías pagar con creces

si no atendéis la lección.

PILAR RAFECAS DE JORDÁN.

CUENTO INFANTIL

La gratitud de Stambo

—¡Oh, mamá, mira: ¡papá viene con un elefante!

Esta exclamación, hecha por un niño de unos doce años, hizo salir a la terraza de la casa a una hermosa mujer vestida de blanco, con la cabeza cubierta de una gasa ligera, quedando sorprendida al ver a su marido acompañado de un doméstico que llevaba su fusil, y seguido a poca distancia por un elefante que parecía obedecer dócilmente a su voz como lo hubiera hecho el perro más bien educado.

—¿Qué ha ocurrido amigo mío, y dónde has recogido a ese elefante que parece conocerte como si te hubiera pertenecido siempre?—preguntó la mujer con alegre voz, acogiendo al que llegaba con su más dulce sonrisa.

—Es toda una historia, Ana; sentémonos un instante aquí, bajo el balcón, y te la contaré.

—¡Qué dichal ¡papá va a contarnos una historia de caza!—exclamó el niño.

Jorge, tal era el nombre del colono después de dar sus órdenes al doméstico para que se ocupara del elefante, se instaló sobre un sillón de cañas, al lado de su esposa y tomando a su hijo sobre sus rodillas, señaló con la mano el bosque que se extiende entre la carretera que conduce a Chandernagor y su casa. En seguida comenzó su narración en esta forma:

—Como sabéis, salí con la intención de cazar un poco, sin querer no obstante penetrar demasiado en el bosque, a causa de los tigres que frecuentemente se encuentran por allí; cuando huíbe muerto una cierta cantidad de caza, decidí regresar para que no estuvierais impacientes si prolongaba mi ausencia, y entonces fué cuando of una especie de grito lamentable, una queja desgarradora. Busqué de donde podía salir aquel grito que, al debilitarse se transformó en un gemido, pero de una fuerza tal, que despertaba los ecos del bosque; el indio Tamar que me acompañaba me señaló con el dedo a una masa enorme tendida sobre el suelo, a poca distancia de nosotros, y pronunció estas palabras:

—¡Vea señor, un elefante!

—Efectivamente, era un animal de esa especie el que había dado aquellos gritos plañideros que tanto me impresionaron. Parecía estar herido e intentaba lamer con su trompa una llaga que tenía en el lado derecho. Me aproximé, con precaución, deseoso de socorrer a la pobre bestia temiendo que interpretando mal mis intenciones, empleara el resto de sus fuerzas para atacarme.

Viendo que me dejaba aproximar, sin asustarse de mi presencia, llegué a su lado. El pobre elefante tenía la piel desgarrada por las zarpas de un tigre, cuyas huellas reconocí.

Sin perder un momento, me puse a curarle la herida; para ello le coloqué sobre la llaga unas grandes hojas verdes, lavándosela previamente con agua que buscó Tamar en un charco próximo. El elefante pareció aliviarse casi inmediatamente, pues pronto se levantó y vino a pasar su trompa por mis manos, como acariciándome. Yo estaba encantado de haber socorrido al pobre animal, pero al emprender de nuevo mi marcha, mi sorpresa fué grande al ver que el elefante me

seguía, dispuesto a no abandonarme. Como veis, me ha seguido voluntariamente hasta aquí, y como parece tan dócil en obedecer mis órdenes, lo guardaremos.

—¡Qué buena idea!—dijo el niño—; le llamaremos Stambo. ¿Quieres, papá?

—No veo inconveniente en darle este nombre—contestó Jorge.

Algunos meses después, Stambo fué definitivamente instalado en las dependencias de la casa del colono, demostrando un gran cariño por su salvador y también por su hijo, el cual se divertía subiéndolo frecuentemente sobre las espaldas del paquidermo. Jorge, encantado de la docilidad del animal, terminó por servirse de él como montura, colocándose sobre su robusto cuello al estilo de los cazadores del Indostán.

Un día un tigre se atrevió a avanzar hasta los terrenos cultivados devastándolo todo a su paso y devorando a un pequeño indio que se había aventurado un poco más lejos que de costumbre. Entonces Jorge organizó una expedición para salir al encuentro del tigre. Dos ingleses, vecinos suyos, decidieron acompañarle en su atrevida empresa, y así fué como, al siguiente día, el buen Stambo tuvo que soportar la carga de los tres europeos y varios indios. La esposa del colono quiso disuadirle de su idea, temiendo que el elefante se asustara en el bosque y les hiciera víctimas de algún accidente, pero los cazadores le aseguraron que no corrían peligro alguno por ese lado, y subiéndolo todos sobre el elefante, se marcharon en dirección al sitio donde presumían estaría el tigre.

Muy pronto la selva virgen les rodeó por todas partes; un bosquecillo de bambús y palmeras parecía ser el refugio favorito del tigre.

Apenas se habían aproximado a unos doscientos metros de aquel lugar, cuando un formidable rugido se dejó oír.

—¡Allí está!—gritó Tamar, señalando en el horizonte un punto visible solamente para el ojo ejercitado de un cazador nativo.

Al cabo de cierto rato, Jorge y sus compañeros vieron una sombra que se deslizaba rápida como el huracán por entre las altas hierbas. Todos los corazones palpitaron de emoción y los cazadores tuvieron preparadas sus carabinas.

De pronto, el tigre se dejó ver: encogido sobre sus patas, quedó inmóvil, dispuesto para el salto, examinando las fuerzas de sus enemigos y no atreviéndose a atacar el elefante, cuya potencia temía; sus ojos extraviados lanzaban miradas relampagueantes, como si buscara un punto débil por donde destruir aquellos intrusos. Los cazadores se estremecieron, pues aun cuando eran unos valientes, hay que reconocer que no todos los días se encuentra un adversario parecido. No obstante era necesario decidirse. Jorge disparó el primero; la emoción hizo temblar su mano y la bala no alcanzó más que una pata trasera del tigre. Este lanzó un rugido terrible y sus dientes rechinaron; de un salto formidable, cayó sobre Stambo, agarrándose fuertemente a un pie del elefante con sus fuertes zarpas e intentando morderle con sus dientes afilados.

Una intensa angustia se apoderó de los cazadores. Si la terrible fiera vencía, eran hombres perdidos; no podían intentar siquiera disparar sus carabinas, por miedo a herir a su montura, en cuyo caso serían precipitados al suelo. Stambo dejó oír una especie de gemido lastimero, intentando aplastar al tigre con su otra pata, pero la feroz bestia dando un nuevo salto, alcanzó una

oreja del elefante, quedando suspendido de ella. Los cazadores pensaron que su última hora había llegado; temían que Stambo, enloquecido, les arrastrara en su carrera vertiginosa. Pero éste, como si comprendiera que todo dependía de su valor, cogió al tigre con su flexible trompa, lo levantó por encima de su cabeza, lo hizo volutar unos instantes y lo arrojó con furia al suelo; el tigre, después de un último rugido, quedó inmóvil para siempre.

Stambo, olvidando el dolor que le causaba su herida, sacudió su trompa en señal de triunfo y alegría, dejando escapar algunos gritos estridentes, a los cuales se unieron los «bravos» de los cazadores, contentos de verse libres de su temible enemigo, Jorge y sus compañeros descendieron del elefante para curar su herida, la cual afortunadamente, no era muy profunda. Después, los sirvientes indios arrancaron la piel del tigre y todos juntos regresaron a la estancia del colono.

La esposa de Jorge y su hijo esperaban impacientes su regreso. Cuando le vieron llegar sano y salvo en compañía de los demás cazadores, su alegría no tuvo límites. Al enterarse de la valentía de Stambo, le colmaron de caricias, que fueron recibidas por el inteligente animal con evidentes pruebas de satisfacción. El niño pasaba y repasaba su pequeña mano sobre la trompa del elefante, diciéndole:

—Mi buen amigo, mi Stambo, que ha tenido el valor de defender a mi papá, a pesar de su herida.

—En efecto—interrumpió Jorge.—Stambo ha demostrado con su hazaña que nunca deja de ser recompensada una buena acción. Como puedes ver, hijo mío, no pudiendo darnos cuenta hasta que punto son capaces los animales de probarnos su inteligencia, debemos evitar siempre de hacerlos sufrir.

Lo que todos debíamos saber

He aquí las respuestas que dió Mites, uno de los siete sabios de Grecia, a las preguntas que se le dirigieron:

—¿Qué es lo más sublime?

El universo, porque es la obra de Dios.

—¿Qué es lo más extenso?

El espacio, porque contiene todas las cosas.

—¿Qué es lo más poderoso?

La necesidad, porque todo lo vence.

—¿Qué es lo más difícil?

El conocerse así mismo.

—¿Qué es lo más fácil?

El dar un consejo cuando no se reflexionan sus consecuencias.

—¿Qué es lo más raro?

Un tirano que llega a la vejez.

—¿Qué es lo más consolador en la desgracia?

La oportunidad de poder ser útil a un enemigo nuestro, que es aún más desgraciado que nosotros.

—¿Qué cosa es esencial para la felicidad?

Un cuerpo sano, un entendimiento cultivado, una mediana fortuna y una conducta irreprochable.

Y si a esto añadimos los divinos preceptos de la religión cristiana, o sea la moral del Evangelio, tendremos un completo sistema de moral y de filosofía.

Y si a esto añadimos los divinos preceptos de la religión cristiana, o sea la moral del Evangelio, tendremos un completo sistema de moral y de filosofía.

Y si a esto añadimos los divinos preceptos de la religión cristiana, o sea la moral del Evangelio, tendremos un completo sistema de moral y de filosofía.

Y si a esto añadimos los divinos preceptos de la religión cristiana, o sea la moral del Evangelio, tendremos un completo sistema de moral y de filosofía.

FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

EL HADA ALEGRIA

RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

dad pudo iluminar su cerebro extenuado... ¿Se amaban, quizás...? ¿El amor había realizado su prodigio en la divina infirmitad del matrimonio?

Y ante esta posibilidad, que ya no le parecía absurda, sintió una santa envidia. No los celos morbosos y ruines, sino esos santos y nobles anhelos del corazón que sediento de amores, pasa junto al cercado de la dicha ajena y la contempla, deseándola para sí mismo. Tuvo entonces conciencia de su inmensa desgracia...

Nunca unos labios de mujer honrada, de mujer casta, besarían los suyos... ¡pobre tísico!... Nunca gozaría las caricias suaves, los encantos divinos del amor legítimo, del amor integral.

¿A qué puerta llamaría convertido en miserable pordiosero de amor y de piedad, que se la abriesen sincera, sin

miras bajas, sin fines rastreros, sin conveniencias odiosas, sin propósitos interesados? ¿Cómo llevar a una mujer pura y amada, a unir su suerte a aquella existencia suya agitada y tétrica de enfermo condenado a muerte? ¿Cómo premiar la abnegación de la amada que se entregó sumisa y piadosa, llevando a su organismo el germen morboso de un mal incurable y a su corazón la amargura de los días nefastos? ¿Cómo hacer de ella la madre infeliz de una raza marcada con estigmas de muerte?

Si por su desdicha amaba así, noblemente, con amor espiritual y sublime, sería valiente para callar, para adorar en el silencio, para no turbar la tranquilidad de un alma casta, ya que por su triste destino no le era dado llevar la dicha a un hogar como Alfonso Róspide la había aportado a Fenollar con su cariño y buen carácter.

Embebido en tan desconsoladores pensamientos, apenas se dió cuenta de que el criado, encargado de recoger los equipajes, le pedía los talones, ni de que el ingeniero le conducía cariñosamente del brazo hasta un doble faetón «Mercedes» que aguardaba con

los faros encendidos y rodeado de curiosos, a la otra parte de la estación. Un «botones», vestido de gris, tenía la portezuela abierta. Mientras subían, el chófer gritaba a los chiquillos que se apartasen, alborotando al grupo con toques de bocina.

Acomodados dentro del coche, lujosamente tapizado, arrancaron suavemente, atravesando el pueblo por cuyas calles discurría la gente de regreso de su faena cotidiana. Se descubrieron los transeúntes, al paso del vehículo y contestaba Róspide sin omitir a nadie, joven o viejo, mujer o niño...

El marqués de Cortezo dióse cuenta de que su padastro era conocido en Fenollar. Más conocido que su padre, que nunca descendió a devolver los saludos de la plebe. Y pensó que a más de conocido, debía ser estimado también, pues la actitud de la gente al decirle adiós, era harto expresiva para permitirle dudar.

¿Qué magia había empleado aquel hombre para captarse la benevolencia del pueblo artes y rebelde? Iba sospechando que anduvo errado en todos sus juicios; que Alfonso Róspide no era el ente vulgar que él, desde las al-

turas de su orgullo, había forjado en su obcecación despreciativa.

Al mismo tiempo, la muda ovación popular le molestaba. Aquellas gentes reacias y adustas... ¡saludadas en él al plebeyo, al hombre de su clase, o al marido de la gran señora, elevado por su casamiento a la altura de un Conde de Fenollar, grande de España?

El primero de estos pensamientos le causaba desdén; el segundo le irritaba. Aquellas muestras de profundo respeto no debían ser tributadas a Alfonso Róspide, sino a él, Fernando Cortezo, Conde de Fenollar, señor de aquella raza poderosa y atrevida que defendió en todo todo tiempo la independencia y los fueros de la población... Pensó si el mismo Róspide pro vocaría con ánimo de molestarle en su amor propio, aquella especie de manifestación respetuosa y afectiva, pero una detenida mirada dirigida al ingeniero le convenció de lo contrario.

Iba Róspide sentado junto a su mujer con una actitud naturalísima, y contestaba a los saludos con cariño, pero sin la más leve sombra de afectación. Diríase que en sus frecuentes

¿Por qué los vasos capilares...
cuentran en todo el sistema?

Porque las sustancias del cuerpo...
y cambian solamente por medio de...
Hasta los mismos vasos sanguíneos...
se sustentan de la sangre que...
que reciben en sus tejidos...
pilares que los alimentan.

SALDO DE CHISTES

—¿En que se parece un cajón a un...
—En que los dos dan pastillas.

—¿Cuál es el colmo de un astrónomo...
—Tirarse por el balcón y ver la tierra.

—En que se parece una farmacia a un...
—En que en la farmacia hay un aparato de galena.

—¿Cuál es la sal más sucia?—
—La salpicadura.

—¿En qué se parecen unas sardinas a los carnavales?—
—En que suele haber más carnes.

—¿En qué se parece un borracho a un...
—En que se balancean.

En el mercado:
—¿Son frescos esos besugos?—
—¡Ya lo creo!

—Pues parece que tienen la vida triste.
—¿Querá usted que se rían por su cazuela que los espera?

—Mamá, tienes que llevar hombre a casa.
—¿Para qué?

—Por si me entran ganas de llorar.
—¿Cuántos dioses hay?—preguntó a Colasico, que fué a examinarse a la Cristiana.

—Dos.
—¿Cómo dos?—
—¡Ah!, no, cuatro.

—¿Qué dices, zopenco? ¿No hay más dioses?—
—Sí, señor... se me olvidaba.

—Vete de aquí, salvaje—exclamó enfurecido.
—Colasico salió escapado y preguntó a go con quien se encontró al salir a la calle.

—Pancracio; ¿sabes cuántos dioses hay?—
—Anda, anda; ¡pues no he de saber!

—Uno... ¡eh! Dijo el señor Colasico que siete le he dicho yo y le han parecido pocos.

—En que se parece una taquillera a una ración de callos?—
—En que pican.

—¿Qué tren es el que más vuelven a verse nunca del mismo sitio?—
—El tren-zado del pelo.

—En que se parece una planta a casa de su amigo y no está?—
—En que la planta la han dejado al chico le han dejado plantado.

—¿Cuál es el colmo de un peluquero?—
—Recortar la barba.

—¿Cuál es el colmo de un aviador?—
—Echarse la siesta en el aire.
